

este Señor de clemencia, y con un vivo dolor de haberle ofendido decid: Señor mio Jesucristo &c.



SERMON  
PARA LA  
DOMINICA SEGUNDA  
DE CUARESMA,

sobre la Bienaventuranza.

*Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem... et transfiguratus est ante eos. Matth. XVII.*

SEÑORES:

La descripcion del maravilloso y resplandeciente espectáculo que nos presenta la Iglesia en el evangelio del dia, para consolarnos en nues-



tras aflicciones, y excitar en nuestros ánimos un eficaz deseo de los bienes eternos, en que consiste nuestra verdadera felicidad; esta narracion, digo, debia estar reservada para alguno de los testigos fidedignos de este suceso luminoso, ó para un Apóstol de las gentes, que arrebatado al tercer cielo, oyó palabras arcanas, y entendió misterios tan ocultos, que ningun hombre los puede revelar. ¿Qué podré yo pues deciros, hombre terreno y sumergido en el abismo de mi propia ignorancia, acerca de la vida eterna, si aun el mismo Pablo nos dice expresamente, que ni el ojo vió, ni oyó el oído, ni ascendieron á el corazon humano las cosas que tiene Dios preparadas para los que le aman? ¿Cómo osaré acercarme al esplendor de tanta magestad, cuando testifica S. Gregorio, que el hombre que diserta sobre la eternidad, es semejante al ciego que

habla de la luz, y cuando el Espíritu Santo me amenaza de ser oprimido de su gloria?

¿Qué haré pues? ¿Callaré? Mas acertado sería, que hablaros de lo que no alcanzo ni comprehendo. Pero me instan la obligacion del ministerio y el deseo de vuestra salud eterna, y me alienta al mismo tiempo la promesa que tiene el Señor hecha, de dar palabras eficaces á los que evangelizan su doctrina. Apoyado pues en ella, y en lo que acerca de este adorable misterio nos enseñan las escrituras y los padres, fieles depositarios de la tradicion, no dudo presentaros hoy la Transfiguracion del Salvador como un prelude feliz y un verdadero diseño de la bienaventuranza, que solo nos dexa ver lo que podemos alcanzar en esta vida mortal; pero que nos enciende en el deseo de ver á Dios como es en sí, y de gozarle eternamente.



El Tabor en efecto ha sido siempre mirado por la Iglesia como la mas viva imágen del paraíso celestial. La elevacion de este monte, dice un sabio, denota la sublime situacion de aquel lugar de delicias. El rostro resplandeciente de Jesucristo transfigurado representa la claridad que Dios en él difunde. La blancura de sus vestidos es símbolo de la inocencia, sin la cual no es posible entrar en aquella mansion feliz; y los testigos privilegiados de esta vision memorable son la figura de los electos. Hé aqui el grande, el luminoso espectáculo que propone hoy la Iglesia á los ojos de nuestra fe. Quiera el Señor que ilustrados vuestros corazones por la verdad de la palabra y el evangelio de la salud, aspireis desde este momento á la preciosa herencia y al eterno reposo, destinado por Dios á los que observan sus preceptos. Para estimularos á tanta fe-

licidad, yo no haré mas que manifestaros, en primer lugar, *los caracteres de la bienaventuranza*, y en segundo, *los medios de conseguirla*: dos breves reflexiones que abrazan el importante, el único negocio de vuestra eterna salud.

¡Dios de toda bondad, poderoso en obras y en palabras santas! purificad los labios de este indigno ministro, para que no profane vuestro testamento: encended mis expresiones con el fuego ardiente de vuestro amor divino, para que enamorados mis oyentes del eterno esplendor de vuestra gloria, fixen en ella sus miras, y aspiren desde este momento á la exácta observancia de vuestra ley, para obtener esta suma felicidad. Asi os lo rogamos, ¡Señor! confiados en vuestra clemencia, que imploramos por la poderosa intercesion de María santísima, vuestra dulce Madre y nuestra. *Ave*  
*MARÍA.*



*Assumpsit Jesus Petrum &c.*

La bienaventuranza, dice un sabio de la antigüedad, es un estado perfecto que encierra todos los bienes. Por consiguiente ella excluye toda especie de mal; y hé aquí en lo que consisten sus verdaderos caracteres; es decir, en carecer de todos los males, y gozar de todos los bienes. Reflexionemos.

La presente vida no es otra cosa que un tiempo de destierro, un estado de peregrinacion, un valle de lágrimas y una continua guerra con los enemigos que nos rodean, que nos inquietan, y repentinamente nos asaltan. Así aunque Dios, por un efecto de su bondad, nos comunica en este mundo muchos bienes que no merecemos, estos no son capaces de saciar nuestros deseos, ni de aquietar nuestro ánimo, cuyo

centro es el Señor; y vienen de ordinario mezclados con un tropel de trabajos y adversidades que nos hacen conocer por propia experiencia, que son incapaces de producir una verdadera felicidad. Desde el cedro hasta el hisopo; es decir, desde el mas alto monarca, hasta el ínfimo plebeyo, preguntad á todos los mortales, si hay alguno completamente contento de su suerte. Lía es fecunda, pero lagañosa; Raquel es hermosa, pero estéril; Abigail es prudente, pero casada con un necio; Augusto es amado de todo el imperio, pero no tiene hijos; Tiberio es temido, pero no tiene amigos; éste es poderoso, pero es un ignorante expuesto á la risa del pueblo; aquel es sabio, pero despreciado; éste...

¿Mas para qué me canso en persuadiros lo que os enseña una triste experiencia? ¿Qué de trabajos no os hace el mundo padecer? ¿La



hambre, el frio, el calor, las guerras, las enfermedades y epidemias, no son otros tantos azotes de la afligida humanidad? ¿Qué de injurias de parte de vuestros enemigos no teneis que tolerar? ¿Qué de ingratitudes de parte de los mismos amigos no debeis á veces sufrir? ¿Qué de violencias de parte de los poderosos? ¿qué de imprudencias de parte de vuestros iguales, y aun de los inferiores, no debeis disimular?

¿Qué diré de los ardidés y astucias con que el comun enemigo continuamente os asalta? Este furioso leon, dice el apóstol S. Pedro, da vueltas al rededor de nosotros, buscando á quien devorar, y con un vivo deseo de cribarnos como al trigo, segun se explica el mismo Jesucristo. Ya nos sugiere una loca presuncion, facilitándonos la culpa con el gran poder de la misericordia; ya nos inspira la desesperacion, haciéndonos mirar las

culpas cometidas con los ojos de Cain y de Judas; esto es, incapaces de remision, y mayores que la bondad de Dios; ya turba nuestra fantasía con terrores; ya revuelve y altera nuestros humores para hacernos prorumpir en injurias y blasfemias; ya en fin, si el Señor le da licencia, como en orden á Job, nos persigue y nos castiga con crueldad. Tanta es la envidia y el ódio que este dragon infernal nos tiene, que el mal que no nos hace, es porque no puede.

Añadid á estos males los que produce en nosotros aquella terrible concupiscencia, tan fecunda en movimientos desordenados, y que ha postrado por tierra á tantos cedros del Libano, á tantas torres de Dánae. Ella, dice un padre de la Iglesia, se rebela contra la razon, la carne se enfurece á pesar nuestro, nos solicita, nos deleita, nos atrae, nos molesta, nos precipita. "Yo ex-



perimento en mis miembros una ley tan imperiosa, decía S. Pablo, y tan inflexible, que se opone á toda mi razon, y me cautiva en el pecado: huyo del bien que deseo, y executo el mal que aborrezco: hago lo que no quisiera, oponiéndome á mis ardientes deseos... Háseme dado el estímulo de la carne, este ángel de satanáas, que me atormenta y me persigue hasta el cielo, donde he fixado mi morada... ¡Infeliz de mí! ¿quién me librará de este cuerpo mortal y corruptible?"

De todos estos males, y de otros muchos que tocais por la experiencia, y por brevedad omito, estan ya libres los bienaventurados. Dios ha enxugado sus lágrimas. Oid á san Juan en su Apocalipsi, hablar de la eterna felicidad de los santos. Estos, dice, han venido de una gran tribulacion; esto es, de los trabajos que padecieron en este mundo por el amor de Jesucristo, y de

las persecuciones que sufrieron por sostener su honra y gloria: estos lavaron sus estolas, y las blanquearon con la sangre del Cordero. Por esta causa estan ante el trono de Dios, y sirven de dia y noche en su templo; y el que está sentado en el sólio habitará sobre ellos. No tendrán para jamas hambre ni sed, no les molestará el calor del sol, porque el Cordero que está en medio del trono los regirá, y conducirá á las fuentes de las aguas de la vida, y Dios enxugará todas las lágrimas de los ojos de ellos... No habrá ya muerte para ellos, ni llanto, ni clamor, ni dolor alguno, porque ya antes lo sufrieron todo: pues habiéndole hecho compañía en los sufrimientos, es consiguiente le acompañen en el consuelo, como dice san Pablo. "Por manera, que nada pueden padecer que no quieran, y de nada que quieran pueden carecer, como reflexiona S. Bernardo." ¿Sa-



beis porqué, señores? porque la vida eterna es la posesion del sumo bien, y con él se goza de todos los bienes, no ya caducos y perecederos, sino inmuebles y eternos. Consultemos á las escrituras y á los padres sobre una verdad de tanto consuelo.

“Carísimos hijos míos, dice san Juan, aunque ahora somos hijos de Dios, no podemos decir lo que seremos en el cielo. Solo sabemos, que cuando se nos manifieste, seremos semejantes al Señor, porque le veremos como es en sí.” *Scimus autem quoniam cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est.* En el mundo no podemos ver á Dios sino como por un espejo ó en enigma; pero en el cielo le veremos cara á cara; y cuando contempláremos abiertamente la gloria de su rostro, dice S. Pablo, seremos transformados en su imágen, é iremos de claridad en claridad, por la ilu-

minacion de su espíritu, que será nuestra luz, segun David. Con tu rostro, añadía este Rey profeta, con tu rostro, Señor, me llenarás de alegría, y solo tendré saciedad cuando vea tu gloria.

Apoyado S. Agustin sobre estos divinos oráculos, clama lleno de fervor: ¡ó vida bienaventurada, tranquila, pura, hermosa, casta! ¡ó vida santa, libre ya de la muerte y la tristeza! ¡ó vida sin mancha, sin dolor, sin ansiedad, sin corrupcion, sin perturbacion, sin variedad ni mutacion! ¡ó vida completamente llena de hermosura y dignidad! donde no hay adversario que asalte, ni estímulo alguno del pecado; donde el amor es perfecto y sin ningún temor; donde el día es eterno, y uno el espíritu de todos; donde Dios se dexa ver claramente, y sirve de alimento vital al bienaventurado. . . ¡Ó vida sempiterna! donde abunda el gozo



sin mezcla de tristeza, el descanso sin trabajo, la dignidad sin sobresalto, las riquezas inamisibles, la salud sin achaques, la abundancia sin mengua.

¿Qué mas? Entrarémos, dice el Real profeta, en las potencias del Señor, y allí verémos la superabundancia de sus riquezas, la hermosura de su gloria, el resplandor de sus santos, la excelencia y magestad de su omnipotencia. Allí conocerémos, dice un antiguo contemplativo, el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, la benignidad del Espíritu Santo: rebosarémos de gozo inexplicable al ver la beatísima Trinidad, y nos inflamará aquel fuego de amor, con que eternamente se aman entre sí aquellas tres divinas Personas: allí gozarémos de aquel torrente de delicias que tiene Dios preparado desde la constitucion del mundo para los que le aman hasta el fin: todos tendrémos una

lengua para alabar al Cordero que quitó los pecados del mundo, y un espíritu para amarle: hartura sin fastidio, apetito sin hambre, prosperidad sin soberbia, devocion sin tristeza, alegría sin disolucion, caridad, paz, descanso y gozo serán nuestras afecciones y entretenimientos; porque gozar de Dios es un sumo bien, un bien perfectísimo, el cual solo es capaz de saciar el deseo de los hombres, como santo Tomás se explica.

¿Pero qué mucho? ¿No es la vida eterna el mismo Dios, en frase de S. Agustin? ¿No consiste ella, segun el evangelio, en conocer al verdadero Dios, y á Jesucristo, á quien envió al mundo para redimir al hombre, y borrar con su sangre el decreto de condenacion, en que habia incurrido por su culpa? Este conocimiento, que empieza en esta vida por la fe, ¿no tendrá su pleno complemento y perfeccion en la



bienaventuranza, donde veremos á Dios como es en sí? Desde el seno de su divinidad, como de fuente inagotable, pasará al corazón de los bienaventurados un río caudaloso de gloria, un torrente de delicias, que los hará eternamente felices. Los justos glorificados, dice el sabio, vivirán para siempre; el Señor les ha reservado una recompensa segura, porque él mismo los cubrirá con su mano diestra, y los defenderá con su brazo santo. Esto mismo dió á entender Jesucristo á sus discípulos, cuando poco antes de su pasión les dice: vosotros estais ahora tristes, yo os volveré á ver, y os alegraréis, y nadie os quitará este gozo, fundado sobre la posesion del único bien inmutable y eterno.

¿Qué otros bienes pues podrán apetecer los bienaventurados gozando del bien supremo é infinito? Los justos vivirán perpetuamente, dice el sabio, y el mismo Dios será su

premio...Verán y gozarán para siempre de esta Sabiduría increada, que es un espíritu de inteligencia, santo, único, multiplicado en sus efectos, sutil, discreto, ágil, inmaculado, amante del bien, agudo, irresistible, benéfico, amador de los hombres, benigno.... que tiene todo poder, y abraza todos los espíritus; inteligente, puro, sutil, porque es un aliento de la virtud de Dios, y como una sincera emanacion de la claridad del Omnipotente.... resplandor de la luz eterna, espejo sin mancha de la divina magestad, é imagen de su bondad.... que renueva todas las cosas, é ilumina las naciones. ¡Qué inagotable manantial de contemplacion, de amor y de accion de gracias para los que poseen tanta felicidad! ¡Qué dulce complacencia para el alma que entráre en el santuario íntimo, y en las potencias del Señor! ¡Qué delicia ver aquella dulce bondad, que extien-



de su providencia benéfica hasta sobre los mas viles insectos; aquel corazon paternal, que ha derramado sobre nosotros tan grandes beneficios; aquellos inagotables tesoros, de donde hemos recibido tantas gracias!

¡Estado felicísimo! exclama un padre de la Iglesia, donde todo bien se goza sin zozobra, y donde el cuidado y ocupacion de los santos se reduce á contemplar, alabar y amar á Dios. Ellos pues únicamente son capaces de decirnos los bienes que poseen, segun la sentencia del amado evangelista: *nemo scit nisi qui accipit*. Yo solo me atrevo á deciros, apoyado en los divinos oráculos, que viendo á Dios como es en sí, se goza perfectamente de todos los bienes en la bienaventuranza. ¡Ó Israel, decia Baruc, cuán grande es la casa del Señor, y cuán elevado el lugar de su posesion! ¡Cuán amables, Dios de las virtudes, clama-

ba David, cuán amables son vuestros tabernáculos!

¿Y quiénes serán, señores, os preguntaré con el mismo profeta, los que subirán al monte de Dios? ¿Quiénes ocuparán el lugar santo de la vida eterna? Ya os lo voy á decir, manifestándoos los medios de conseguirla: segunda reflexión del discurso, que paso á tratar con la posible brevedad. Seguidme atentos, porque va en ello vuestro único interes.

II. Para descubrir los medios que conducen con seguridad al estado feliz de que acabo de hablaros, no es necesario mucho estudio, ni largas discusiones. El Real profeta cuando se propuso la cuestion, la resolvió en breves palabras. El inocente de manos, y puro de corazon, que no ha gastado su vida en vano, ni ha jurado dolosamente contra su próximo; éste, dice, recibirá la bendicion del Señor, y la misericor-



dia de Dios su Salvador. Lo mismo en substancia , aunque con expresiones mas cortas y enérgicas, respondió Jesucristo á un jóven que le hizo esta pregunta : buen maestro , ¿qué haré para alcanzar la vida eterna? Si quieres entrar en la bienaventuranza , le dice el Salvador , guarda los mandamientos. Por lo que á mí hace , no tengo otra respuesta que daros , ni otros medios que proponeros , que la observancia de ellos , para que podais obtener el reino de Dios. Mas considerando por una parte , que seria exceder forzosamente los justos límites de una oracion , querer divagar por todos los preceptos ; y sabiendo de otra , que todos ellos se reducen á dos ; á saber , al amor de Dios y del próximo , me limito por ahora á intimaros el cumplimiento de estos dos mandamientos , que encierran toda la ley , como único medio de obtener la vida eter-

na , segun el oráculo de Jesucristo.

En orden á la observancia del primero , que es el amor de Dios, os debe servir de estímulo la obediencia que debeis á su soberanía, vuestra gratitud á sus beneficios, y vuestro propio interes. Amaréis á vuestro Dios con toda vuestra mente, con todo vuestro corazon y fuerzas, decia el Señor á su pueblo escogido. Grabaréis estas palabras en el fondo de vuestro corazon ; las enarraréis á vuestros hijos ; las meditaréis sin cesar en vuestras casas y en vuestras marchas ; siempre las tendréis presentes , ya despiertos ó ya en sueños ; las tendréis ligadas á las manos para presentarlas á la vista : las pondréis sobre las puertas de vuestras casas, y las llevaréis escritas sobre la frente. Jesucristo habló con mas fuerza aún que Moisés acerca de este mandamiento. Declara que es el primero y el mayor precepto de la ley : promete la vida



eterna al que lo cumpliere: nos manda que le amemos sobre todas las cosas; ni reconoce por discípulo suyo sino al que por seguirle renuncia de todo, y aun de sí mismo, exponiéndose, en caso necesario, á la muerte por la confesión de su nombre y de su divinidad.

No se contenta pues con el culto exterior; ni solo éste merecia, dice un sabio, que se estableciese por los grandes misterios de su encarnacion, pasion y muerte. ¿Á qué fin la venida de Jesucristo al mundo, sino para establecer el reino de la caridad? ¿No nos enseña él mismo, que éste es el grande objeto de su mision divina? Yo vine, nos dice, á traer á la tierra el fuego del amor, y lo que deseo es que arda en el corazon de todos. Por esta causa anatematiza S. Pablo á todo el que no ama á Jesucristo, reputándole como un judío en el seno del cristianismo, ó como un vil esclavo, excluido de

la herencia de los hijos. ¡Infeliz de aquel que no tiene grabada en su corazon la ley del amor de Dios! Él no pertenece ciertamente á la nueva alianza, porque ninguno es verdadero cristiano sino por amor y caridad.

¿Mas qué digo? aun cuando el precepto de amar á Dios sobre todas las cosas no fuese tan expresamente intimado á todos, como un medio necesario para conseguir la vida eterna, ¿no basta ser hombres, salidos de sus manos benéficas, para estar obligados á prestarle este homenaje por su excelencia suprema y por su soberanía? ¿No se extiende, os ruego, su dominio sino á los seres inanimados? El que nos ha hecho capaces de amar, ¿no tendrá derecho á exígirnos este tributo? ¿Cuáles pues serian nuestros deberes ácia Dios, si no fuese el amor el primero? La naturaleza inspira á los hijos los mas tiernos sentimientos respecto



de los que les han dado el ser; ¿y nosotros seremos insensibles para quien nos sacó de la nada; es decir, para con nuestro Padre Dios, que nos dió por hermano á Jesucristo su Unigénito? ¿Qué dignidad, señores, y qué motivos de gratitud no deben aquí estimular vuestro amor á Dios!

Yo prescindo por ahora de aquellos beneficios generales que habeis recibido en el órden de la naturaleza; prescindo, digo, de vuestra creacion, y de aquella providencia benéfica que os conserva y os alimenta; de la misericordia con que os ha librado de innumerables peligros y ocasiones de perecer. Omito la apreciable libertad que el Señor os ha concedido, y aquella superioridad y dominio que os dió sobre las bestias de la tierra, sobre las aves del cielo, sobre los peces del mar, y sobre los seres inanimados: beneficios grandes, y que exígen de justicia vues-

tro amor de gratitud. Sin desatender pues dones tan apreciables, fixemos nuestra consideracion en otros de superior gerarquía.

Si nós remontamos á nuestro origen, vemos á Dios formando al hombre á su imágen y semejanza, dotándole de un espíritu de tanta capacidad, que solo pueden saciar su apetito los bienes eternos. Adoptóle por hijo y heredero de su reino inmortal, dándole por primicias la original justicia, y auxílios apropiados para permanecer en aquel estado felicísimo. Cayó, es verdad, cayó de esta excelencia, y perdidos todos sus derechos, quedó reducido á la miserable esclavitud que trae consigo el pecado. Pero el Señor, por un efecto de su bondad, se dignó mirarle con ojos de misericordia; y para redimirle en su miseria, y reintegrarle en sus antiguos derechos, envía á su Unigénito al mundo á tomar nuestra humanidad, y á sa-



tisfacer con el infinito precio de su sangre por las culpas del linage humano.

De aqui, señores, el origen de nuestra incomparable dignidad de hermanos de Jesucristo, y coherederos de su reino: de aqui el establecimiento de la nueva alianza, la institucion de los sacramentos, la promulgacion del evangelio, la vocacion á su Iglesia, la sucesion de sus pastores y ministros, á quienes confirió su potestad de ligar y disolver, y de dispensar sus misterios: de aqui los frecuentes auxilios, amonestaciones y correcciones, con que frecuentemente ha iluminado á los gentiles, y llamado á los pecadores: de aqui la paciencia con que los espera y los busca, la solicitud con que los llama y convida al perdón, y el paternal amor con que los recibe.

¿No son todos estos unos poderosos motivos, que deben excitar en

vuestro pecho la gratitud y el reconocimiento de amor ácia un Padre tan benéfico, ácia un Hermano tan caritativo, ácia un Salvador tan lleno de bondad para con vosotros? Añadid, si os parece, á estos beneficios, el incomparable de haberos producido en un reino católico, donde se cree y confiesa la verdadera fe de Jesucristo, donde abundan los ministros de la divina palabra, y dispensadores de los sacramentos, y donde el exemplo de tantas almas justas os excitan al amor de Dios.

Y si aún no bastan para fixaros en él vuestro deber y vuestra gratitud, muévaos á lo menos vuestro propio interes. El primero que experimenta el que ama á Dios, es la verdadera paz del alma, tan remota de los pecadores, como se explica un profeta, y tan deliciosa, que excede á todos los sentidos. Esta paz del corazon, fruto de la caridad y de la justicia, está, Señor, reservada



á los que te aman, decia David: al anunciarla los ángeles en el nacimiento del Mesías, la prometen únicamente, dice un sabio, á los hombres de buena voluntad, sumisa á la de Dios; y cuando S. Pablo nos dice: que Jesucristo es nuestra paz, nos intima que la busquemos en el amor que le debemos. ¡Qué suavidad, hermanos míos, no gustaremos en esta paz, fruto del amor de Dios! Solo ella es capaz de arrojar de nuestro corazon el amor de las cosas terrenas, y de radicar en él la estimacion de las espirituales. El amor suaviza los trabajos, dulcifica las penas, allana los obstáculos, aumenta la fortaleza, é inflama el zelo: todo es dulce para el que ama al Señor: *gustate et videte, quoniam suavis est Dominus*

A esta paz envidiable añadid las promesas de vida eterna que tiene Dios hechas á los que sinceramente le aman. Si me amais, dice

el Señor, el Espíritu Santo vendrá sobre vosotros, estará en vosotros, y habitará eternamente en vosotros. Vosotros estaréis en mí, yo en vosotros... Seréis amados de mi Padre, y mi Padre y yo moraremos en vosotros. Estas verdades eternas meditaba S. Bernardo, cuando decia lleno de fervor: ¿quereis saber de mí, porqué y cómo debe Dios ser amado? Yo os respondo, que la causa de amar á Dios, es el mismo Dios; y el modo de amarle, es amarle sin medida: por dos motivos pues debe ser amado; porque nada con mas justicia, nada con mas fruto puede amarse, concluye este padre. Y entonces conoceréis que amais á Dios, cuando sea tal la disposicion de vuestro corazon, que podais con verdad decir con el Apóstol: estamos ciertos que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las violencias, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni



lo alto, ni lo profundo, ni criatura alguna nos podrá separar del amor de Dios, y de la caridad que nos adhiere á Jesucristo. Esto es amarle sobre todas las cosas, para tener opcion á su bienaventuranza. Pero nada os he dicho aún acerca del amor del próximo, que dixere ser tambien medio para alcanzarla, por comprehender siete de los preceptos del decálogo, cuya observancia es necesaria para salvarse. Mas esta es una verdad que necesita de poca discusion: bastarán algunos momentos de atencion para quedar de ella convencidos.

En efecto, señores, el amor ó caridad con el próximo está enlazado tan íntima é indisolublemente con el amor de Dios, que ni podemos amar en verdad á Dios sin amar al próximo, ni al próximo sin amar á Dios. Oid á S. Juan: *si alguno dixere, estas son sus palabras, si alguno dixere que ama á Dios, y abor-*

*reciere á su hermano, es un mentiroso; pues el que no ama á su hermano, á quien ve, ¿cómo puede amar á Dios, á quien no ve? Este es el precepto que tenemos del Señor; á saber: que el que ama á Dios, ame tambien á su hermano. El que no lo ama, está muerto á la gracia, y el que lo aborrece, es homicida. De aquí concluye S. Pablo: que la plenitud de la ley es el amor y caridad, sin la cual no podemos obtener la bienaventuranza. Aunque distribuya, dice este apóstol, aunque distribuya todas mis facultades en socorro de los pobres, aunque entregue mi cuerpo á las llamas, aunque sea profeta, y penetre todos los misterios, aunque posea todas las ciencias, y tenga tanta fe, que pueda transferir los montes, si no tengo caridad, nada soy, nada me aprovecha. Y para que comprendamos bien esta suma de nuestra moral, de cuya observancia depende nuestra vida eterna, describe S. Pablo.*

Tom. VIII. L



blo en seguida sus caractéres. *La caridad, dice, es paciente, es benigna, no tiene envidia ni emulacion, no obra en vano, no se hincha, no es ambiciosa, no busca exclusivamente sus propios intereses, no es ambiciosa, no se irrita, no piensa lo malo, ni se alegra de la iniquidad.... todo lo sufre, todo lo tolera....*

Con arreglo á estas invariables ideas podrá cada uno conocer en sí mismo cuándo le anima el amor de Dios, y la caridad del próximo; porque su mismo interior puede manifestarle si ama ó no á su hermano como á sí mismo, y á su Dios sobre todas las cosas. *Las cosas que sobrevienen á tu próximo, dice el Eclesiástico, entiéndelas en ti mismo.* Lo que le aconteciere, ya sea amargo, ya alegre, ya triste, trasládalo á ti, y constitúyete en lugar de tu próximo; y así mirarás como propia su prosperidad ó su miseria. Lo que deseas para ti, hazlo por

tu hermano, y no le hagas el daño que para ti no quisieras. Sobre estos principios de la naturaleza está apoyada la caridad con el próximo. El evangelio añade á ellos nueva fuerza, ordenando este amor por precepto tan riguroso y extenso, que comprehende hasta los mismos enemigos, á quienes no solo debemos perdonar, sino hacerles bien, para que Dios nos perdone. De otra suerte sería exécrable la oracion del pecador, que pide misericordia, dice S. Bernardo; porque no puede tener concordia con Cristo el que está discorde con el próximo, como san Agustin se explica; y para decirlo de una vez, entonces aprovecharémos en el amor de Dios, cuando tuviéremos caridad con nuestros hermanos, segun la expresion de S. Gregorio.

Hé aquí, señores, los únicos medios que la religion nos prescribe para conseguir la vida eterna. Si de-



seais pues participar de las glorias del Tabór, con que Jesucristo nos convida en este día; si aspirais á aquella vida feliz, en que libres de toda especie de males, y dotados de todo género de bienes, viendo á Dios como es en sí, le alabeis y goceis eternamente, amadle ahora en vuestra peregrinacion con toda vuestra alma y potencias; amadle en la prosperidad y en la adversidad; en la tribulacion y en el placer; amadle sobre todas las cosas; amadle en vuestros hermanos, usando con ellos de caridad, vistiendo su desnudéz, socorriendo su necesidad, visitando los enfermos, consolando los afligidos, sufriendolos en sus imprudencias, perdonándoles las injurias, y orando á Dios por ellos. De esta suerte mereceréis que os diga Jesucristo en el día del juicio: *venid, benditos de mi Padre, venid á poseer el reino de la bienaventuranza, que os tengo preparado*

*desde la constitucion del mundo. Yo asi os lo deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.*

